

Joseph Conrad

Lo humano y lo inhumano

Marcelo Pompei

1. Leer.

En una de las descripciones que Joseph Conrad hace del mar escribe: *Su misma inmensidad cansa*. Llegado a este punto de la lectura y enfrentado a expresiones como ésta, como con tantas otras, el problema dejó de ser para mí Joseph Conrad y de lo que de él podría llegar a decir. ¿Qué decir? Frente a pasajes de este tipo el problema comienza a ser el lector y la misma lectura como oficio de todos los días. Uno abandona el libro y desiste de desentrañar un estilo literario, de buscar las motivaciones artísticas que impulsaron al autor, sus temas recurrentes, sus mecanismos y sus trampas. El modo que lo define. Desiste de descubrir los antecedentes biográficos que lo convirtieron en escritor. Abandona el esfuerzo por adscribirlo a tal o cual corriente literaria, de conectarlo con los pormenores o por mayores de su época. De sospechar influencias y rechazos. Todas pesquisas periféricas, secundarias, que rodean a la lectura, pero que nada puede decir acerca de qué es leer ni qué es una buena obra. Elude estos problemas porque los rodea sin alcanzarlos. Leer es buscarse un problema. Es un hambre de conflictos. Se podría vivir mejor si no se leyera, pero no se puede dejar de leer. Me refiero a leer como hábito, no como deber. Pero como todo conflicto, leer proporciona un placer erótico. Ahí están al acecho los escritores que además de contar bien escriben bien lo que cuentan. Este es el caso con Joseph Conrad. Frente a expresiones como su inmensidad cansa nos sentimos superados. Los temperamentos ilustrados se sienten ultrajados por la belleza. La belleza humilla con dulzura. Quedamos presos de una torpeza extasiada. Mudos. Solos con el autor que nos conquista a favor de una admiración que nuestra queja crítica, profesional, le niega a los inventores de belleza. Los buenos escritores dejan mudos a sus lectores. Impotentes. Y ellos fundidos o aplastados por la obra en la que se han convertido. Conrad son sus libros, y algo menos que esto, una forma de contar. La consecuencia del oficio de lector que admira es un solipsismo ignorante, pero deslumbrado, y agradecido.

En el prefacio a *El negro del Narciso* (1897) escribe: “La labor que trato de realizar es, por el poder de la palabra escrita, hacer que ustedes oigan, hacer que ustedes sientan... es, ante todo, hacer que ustedes vean. Nada más que eso; y eso lo es todo.”

Conrad es un autor para paladares literarios. Para los que leen por oficio involuntario o vocación obsesiva. Por placer estético. Por un placer más sensual que intelectual por los libros, y sobre todo por los laberintos psicológicos. Esto hace de Conrad un autor difícil de tratar. De poco sirve, me parece, querer atraparlo con redes teóricas. Esquemas fruncidos para apaciguar la culpa que produce la ignorancia gozadora. Conrad es leer. Es ver. Pensar y perderse, no deconstruirlo. Y lo que se ve es a los seres humanos siendo humanos en el trayecto de unas historias, de unas aventuras, de unas situaciones contadas como relatos pretéritos. Conrad nos cuenta para mostrarnos una colección de rostros humanos. A los que trata siempre con afecto e ilustra con precisión. No hay en Conrad una pizca de maldad ni de reproche moral en sus relatos. Su literatura es de amor, no de despecho. No cuenta para juzgar porque a pesar de su distancia como relator de los hechos se encuentra involucrado de alguna manera en ellos. O son recuerdos estilizados o alegorías de su pasado. Nunca lecciones. Las aventuras y los aventureros no pueden dejarse seducir por el juicio moral sin convertir sus cuentos en salmos edificantes. En literatura de domingo.

Todos sabemos que Conrad fue marinero mercante antes de convertirse en escritor. Y que había elegido pensar, sentir, trabajar y escribir como inglés, antes que como polaco. Fue un hombre de barcos, de océanos, de viajes, de lugares remotos. Posteriormente de papel y tinta. De inmediato, con estos datos, nos inclinamos a considerarlo un aventurero agotado que se consuela con contar y fascinar con excursiones estafalarias de las que logró salir ileso.

Con esto tocamos un punto sensible para Conrad que no tenía ninguna estima por los temperamentos meramente aventureros. Esto lo deja escrito en un breve artículo titulado *Buen trabajo* referido a la marinería y a los marineros. Para Conrad lo que distingue al marinero británico no es su espíritu aventurero, sino su espíritu de servicio. Y su servicio no lo brinda al mar, sino a su barco. Su barco. Nada de esto quita que al servicio de su barco el marinero británico no viva aventuras en el mar. Esto lo sabe Conrad por experiencia; conoce todos los mares. Pero la aventura en sí misma suficiente para elevar a nadie a la condición de marinero, y en su caso, de escritor. Porque no alcanza para imponer *al hombre ninguna obligación de fidelidad a una idea ni siquiera a sí mismo un ideal*. El aventurero simple huye porque nada lo ata. Su compromiso y su empresa son episódicos. Carece de *lealtad que lo vincule por honor a una conducta consistente*. Por eso califica a la aventura de fantasma, *una vaga sombra sin alma*. Y la lealtad es hacia su barco, que es su única coordenada visible en la inmensidad. Algo que a sus ojos posee cuerpo, carácter, fascinación, y casi alma. El mar es su antagonista, su oponente arrogante sólo porque es grande y fuerte.

Conrad no concibe el vacío o algo que no está atado a un destino. Él es lo contrario a un nihilista. El nihilismo requiere de una cuota de quietud material e inquietud meramente intelectual que Conrad no conoció. No logra desentrañar la forma de la potencia que habita ese vacío, qué lo ocupa, ni cuál es el mandato preciso de ese destino ni en qué consiste su fin. Pero lo sospecha. La fuerza de esa sospecha lo atormenta y lo impulsa a la escritura con la que condena a sus

personajes a no poder ofrecer resistir al contenido incierto de esa sospecha. La mera suposición de algo que podríamos identificar como “una fuerza” es suficiente para que Conrad haga correr sus relatos y vivir a sus personajes.

Estas consideraciones encierran los temas de la obra de Conrad. El hombre que lucha contra elementos materiales en bruto y contra fantasmas indefinidos. Finalmente contra sí mismo.

2. Un resumen biográfico.

Joseph Conrad nació en Polonia en 1857. Por aquella época su país estaba bajo el dominio de la Rusia Imperial. Su nombre de nacimiento es Josef Teodor Konrad Nalecz Korzeniowski. Su padre, Apolo, fue deportado a Siberia por revolucionario. Su mujer, Ewa, muere acompañando a su marido en el destierro. Él es liberado y muere poco tiempo después. Josef queda huérfano a los doce años. Conrad deja escrito algunos artículos políticos donde se manifiesta hostil a todo lo ruso, incluidos sus escritores a los que detestaba por su estilo. Lo irritaba la sola mención de Dostoievski. Admiraba únicamente a Turgueniev. Su tío, Tadeo Bobrowski, quien se hace cargo de él, lo educa a base de literatura occidental, sobre todo francesa. A través de su padre, traductor de Shakespeare, conoce la literatura inglesa.

Para evitar el servicio militar ruso, Josef se va hacia Marsella y se embarca como marino. Aquí comienza su recorrido por el mundo remoto. Estos viajes lo llevaron a Sudamérica, América central, el Caribe. Escenarios de muchas de sus novelas posteriores. Por esta época se aficiona al juego y se enamora. Fracasa en ambos rubros. Por desesperación se pega un tiro en el pecho. Sobrevive. Su tío lo ayuda sólo con las deudas, las que cancela, y le otorga una pensión anual. En 1878 se enrola en la marina mercante inglesa, donde hará carrera durante 16 años. Alcanza el grado de capitán. Aprende el inglés leyendo. Los viajes con la flota inglesa lo llevan hacia oriente: Bangkok, Sumatra, Bombay, Singapur, Borneo. Fue Capitán del Otago con el que navegó hacia Australia y Mauricio. Allí logra otro fracaso amoroso. Regresa a Europa y al mismo tiempo comienza su carrera literaria. Su primera novela fue *La locura de Almayer*.

De Conrad brotaban tres idiomas, mejor dicho, tres lenguas a las que dominaba: polaco, francés e inglés. Prefirió el inglés para escribir y sentir. Todo lo que escribió lo hizo en esta lengua, la que por el empleo que hace de ella, por la precisión de sus descripciones, la riqueza de su vocabulario, la eficacia alcanzada no sólo al referirse a acontecimientos concretos, sino también al dar cuenta de un pensamiento o de los semblantes psicológicos de sus personajes, parece ser lengua de nacimiento. En su caso no se trata de mera versatilidad de paladar, sino intelectual. Dicen que pronunciaba mal y que escribía a verdaderas duras penas; con los huesos. Pero no sólo la lengua parece haber adoptado de los ingleses. Leyendo sus obras, por las ideas que desliza, por lo puntos que resalta de las conductas, adquiere también su temperamento, su estilo. “...de no haber escrito en inglés nunca habría escrito ni una sola palabra”.

Pero la clave biográfica está en un viaje que lleva por el Congo en 1890. África, sobre todo las zonas inexploradas, manchas oscuras en los mapas, era por aquella época tierra de colonizadores, saqueadores y criminales con la misión de civilizar. Todo lo que Conrad había imaginado acerca de aquellas regiones fue defraudado por la realidad que le tocó comprobar de cerca. Habla de *la desagradable evidencia de la más vil ambición por el botín que jamás desfiguró la historia de la conciencia humana y la exploración geográfica*.

Conrad se embarca como segundo oficial del vapor *Roi des Belges*, de bandera belga. Se desempeña como marino de agua dulce, de los que el mismo Conrad duda que sean verdaderos marineros. Duda de ellos y de los cocineros miembros de la tripulación, un puesto necesario pero sin jerarquía náutica. La riqueza que el Congo podría aportar estaba siendo aprovechada por sus colonizadores belgas. Remontó el río Congo, caminó por el interior del país, volvió remontar el río hasta su último puesto, hasta internarse en el corazón de las tinieblas. Aquella región oscura, hostil, lo inspiró para poder dar cuenta de la depravación, o de la verdad psicológica que puede alcanzar el hombre en una tierra virgen en la que puede ejercer su tiranía, recibir adoración, ser tratado como un dios. Aquella experiencia le dicta la oscuridad agazapada en el fondo del alma, que puede saltar apenas se presente la mínima oportunidad. Se convence de que en el hombre no vive un santo y que el beneficio de la civilización consiste en mantener anclados sus impulsos primarios. La expresión corazón de las tinieblas se refiere menos a la selva que a un rincón espiritual, reserva de lo elemental. No obstante esto no es suficiente para hacer de Conrad un escéptico misántropo. El hombre fue para él una curiosidad; el mejor tema literario. Un misterioso lugar de donde recoger las mejores visiones. Conrad fue un explorador; su arte consistió en una antropología estética. Sus libros no atienden a los hechos con tanto detenimiento como lo hace con los temperamentos, las figuras, los humores, las fisonomías; de todo esto Conrad no deja un sólo detalle sin atender. Sus personajes son gruesos, con espesor, densos; y sus existencias golpean en las bandas de lo trágico y de lo ridículo; se mueven expectantes bajo amenaza de algo incógnito y mayor. Sus personajes resisten y esperan. Conrad desgarró escribiendo cada capa que compone una vida humana. Los hechos en los que se ven envueltos sirven de coartada para hacer explotar acciones y reacciones. Para develar la naturaleza humana sin engaños idealistas provistos por definiciones incontrastables. El hombre es bueno, es malo, es humano. *Solo los barcos son buenos*. Kurtz es una bestia trágica, que descubrió su propio secreto oculto. Experimenta su condición humana bajo la tiranía su propia naturaleza. Frente a ésta el marfil pierde el valor y el sentido que sólo puede tener en el mundo civilizado. El que le da valor, precio y peso a las cosas como una forma de detentar su conocimiento y dominarlas. En el ámbito crudo y natural los materiales tienen la simpleza de los elementos. Allí el alma humana se manifiesta despojada. Kurtz regresa al paraíso violento y aprender a despreciar.

Conrad regresa a Inglaterra con una colección de enfermedades africanas. Disenteria, fiebre, reumatismo. Se cura navegando por el Támesis y retirándose a

Suiza. Al año retoma su vida marinera viajando a Australia. En 1894 publica su primera novela y comienza su carrera literaria. Ya no volverá a la vida de marino sino a través de sus relatos. Recibe una herencia abultada, pero no logra solucionar sus problemas económicos. A Conrad lo acosan las deudas, los desengaños amorosos, y la consecuente depresión anímica. Sin embargo logra éxito inmediato como escritor. Primero entre sus pares y luego entre sus lectores. Finalmente logra que una mujer mucho menor que él lo acepte como marido. Se casa. El matrimonio es feliz.

Contra lo que se puede pensar, si uno parte de la idea de que fue un gran escritor, a Conrad la tarea de escribir le resultaba pesada, agotadora. Lenta. Cuentan que necesitaba un día para terminar unas cuantas líneas. No resulta difícil verificar esto si se tiene en cuenta lo elaborado de su escritura. Su puntualidad descriptiva. Las imágenes de las que se vale para crear la atmósfera casi siempre enrarecida de sus novelas. A lo que hay que sumarle la forma en la que estructura el tiempo de sus relatos, casi nunca lineales. Como narrador nunca dejó de ser un capitán de barco. Gobernó los tiempos. Avanza rápido, se detiene, continúa, sigue, descansa. Rompe el relato anticipando la tormenta. Otro aspecto naval de su estilo está en que no hay personaje que sea secundario. Todos como una tripulación ordenada tienen su lugar y su tarea asignada. Finalmente la tempestad los arrebató a todos.

Pero ni el reconocimiento ni su destreza como escritor lo salvarían de sus problemas económicos. Escribe libros de conveniencia comercial en colaboración. Por esta época su mujer queda paralítica y él sufre una crisis nerviosa provocada por las deudas y su salud deteriorada. Hasta el momento ya llevaba escrito la mayoría de sus novelas y relatos. *Una avanzada del progreso*. *El negro del Narciso*. *El corazón de las tinieblas*, de 1899. *Lord Jim*, quizá su novela más conocida. *Nostromo*, de 1904, su mejor novela. *El espejo del mar*. *El agente secreto*. *Bajo la mirada de occidente*.

Pero finalmente fue gracias al éxito de su novela *Azar* logra solucionar sus problemas financieros. Salda todas sus deudas y vuelve a Polonia de visita. La novela que lo salvo, no obstante, fue despreciada por la crítica. Estando Polonia estalla la primera guerra mundial y el hecho casi lo obliga a no poder volver a Inglaterra, adonde regresa varios meses después. De este periodo es una de sus novelas cortas más extraordinaria, *La línea sombra*, un relato alegórico del paso de la juventud a la madurez. Su protagonista amenazado por el desánimo y el desencanto juvenil abandona su vida de marino, pero un golpe de fortuna es contratado para capitanear un barco. Debe hacerlo navegar por un mar por donde no circulaba una gota de viento, situación que dura lo suficiente para asistir al derrumbe de su tripulación. Y para constar el valor de sus marinos. Y el suyo propio. La novela estará dedicada a su hijo, que en ese momento combatía como soldado en la guerra. Conrad en un prólogo, añadido posteriormente, sale en defensa de su novela por algunas críticas que había recibido, acusando al autor de abandonar su estilo realista, naturalista, por una suerte de fantasía sobrenatural. Pero un tono o un clima sobrenatural, que puede estar más o

menos marcado por las circunstancias que relata o los personajes que diseña, siempre está presente en sus obras.

Hable de estilos o de escuelas. Conrad también lo hace, pero para rechazarlos, como si fueran divinidades fraudulentas. *El intentar descubrir voluntariamente los encadenados dogmas de algún credo romántico, realista o naturalista en la libérrima obra de su inspiración es un truco digno de la perversidad humana que, después de inventar un absurdo, trata de descubrir una pedegree distinguida. Es la debilidad de las mentes inferiores, cuando no la astuta martingala de quienes, inseguros de su talento, buscan darle lustre asociándolo a la autoridad de una escuela de pensamiento. (...) ...más de una clase de cobardía intelectual se oculta tras las fórmulas literarias.*

Estas reflexiones acerca de la labor literaria, como artículos sobre escritores, reflexiones políticas acerca de la guerra, de Rusia, de Polonia y dos artículos técnicos sobre el hundimiento del Titanic, se encuentran compilados en un volumen que Conrad publica con el título de *Notas de vida y letras*. Un conjunto de opiniones en la que, según dice él mismo, lo único que no se hallará es a un Conrad en pantuflas. Opiniones que le habían sido pedida por los editores de algunos periódicos acerca de temas que no encontraron a Conrad sin las botas puestas. Preparado y enterado. Fue inducido a escribir estos textos breves por *amabilidad, y en parte por soborno. ¡Sí, soborno! ¡Qué quieren! Nunca he pretendido ser mejor que los vecinos de la otra calle, ni tan siquiera de la misma.*

Su último viaje, como pasajero, Conrad lo realizó a New York. La ciudad lo fascinó y recibió a su vez la admiración de sus críticos y lectores norteamericanos. En 1924 el Rey inglés, Jorge V, le concedió el título de *Sir*, pero Conrad lo rechazó. Ese mismo año murió en Canterbury.

3. Hombres y marineros.

En un pasaje de *La genealogía de moral* Nietzsche se pregunta por la procedencia de lo bello: *“¿Pues qué cosa sería la bella si la contradicción no hubiese cobrado antes conciencia de sí misma, si lo feo no se hubiese dicho antes a sí mismo: yo soy feo?”* Nietzsche encuentra la fuente de lo bello en la contradicción que se descubre a sí misma. La contradicción por lógica siempre es privada. Intima. Se encuentra dentro. Sólo puede conocerse por introspección. Una mirada de este tipo requiere coraje. Esta puede ser una vía para acceder a lo humano. Una mirada de esta naturaleza es la que se encuentra en la obra de Conrad. Es a lo que conduce a sus personajes: a verse. Algunos cobrarán más comprensión de su naturaleza que otros. Algunos se salvarán y otros morirán. Sólo el narrador tiene plena conciencia de cada uno de los temperamentos. Las circunstancias y los hechos son la condición de posibilidad para el hallazgo de la natural interioridad humana. Otra forma es la de mirar con ojo acusador hacia afuera, señalar al otro. Ofenderse para distinguir lo que no debería ser ni hacerse. No es este el procedimiento conradiano. Su literatura está muy lejos de ser

evangelizadora. Hace explícita su negativa a este tipo de enjuiciamiento cuando le reclama al escritor esperanza y humildad. Lo que hace estéril al pesimismo declarado es su arrogancia, dice. Que por vía de la reflexión filosófica, la inspiración literaria o experiencia biográfica se nos revele la maldad del mundo y de los hombres no es motivo de orgullo. La evidencia del mal es denunciada por muchos con el escepticismo y la altanería propia de los despechados. Lo que Conrad rechaza de esta actitud es su hostilidad frente a lo humano. La esperanza que reclama no supone creer en la bondad del mundo, sino que no es imposible que lo sea. Que el novelista pueda entrever y dar cuenta a través de la creación de muchos colores morales no lo hace superior. *El poseer el don de la palabra no es tan importante*. Lo que espera del escritor es piedad y un tierno reconocimiento a las oscuras virtudes y flaquezas de la humanidad. Nunca despreciativo frente a ella por el sólo hecho de pretender conocerlas. El creerse, saberse o estar enterado de la maldad y tener la capacidad literaria para exponerla no califica al escritor para administrar justicia. Su posición es la de ilustrador, la descripción ridícula o terrible de los modos humanos y de los destinos individuales. Ninguno de sus personajes son espejos de virtudes morales, ni pilares de rectitud, la historia de sus cuentos relatan hechos siempre marcados por la oscuridad de las pasiones, pero lo que se encuentra en Conrad siempre es piedad y afecto por aquellos a quienes va dejando al descubierto a través de sus acciones y ambiciones. Las tinieblas que Conrad experimentó en su vida de marinero o a través de la imaginación literaria no lo oscureció y, a juzgar por el tratamiento de sus libros, sus vaivenes emocionales tampoco afectaron su relación con el mundo y los hombres. Dos virtudes destaca en el marinero: paciencia y coraje. Parece haberlas tenido también como marinero y escritor. Conrad no gana lectores a fuerza de disparos de furia de desengañado. Cierta clase de escepticismo, no el de la duda, sino el de la incredulidad sistemática es provocador y ofensivo por desdeñoso. Ese dandismo intelectual en la figura del diletante afrancesado y cínico está representado en uno de los personajes mejor descriptos por Conrad en su novela *Nostromo*. Este es el carácter del personaje, pero Conrad lo presenta de manera cómica y le otorga, como si fuera un reconocimiento amoroso, un destino trágico. Finalmente ninguno de sus personajes despierta rechazo moral en el lector. Son pequeñas muestras que Conrad va coleccionando sobre el papel como un muestrario de emociones comunes y muy corrientes. En sus novelas no hay monstruos.

Una idea o imagen de la mirada introspectiva al núcleo de la contradicción, esa corroboración de la propia fealdad, se puede leer en *El corazón de las tinieblas*. Marlow es su personaje, y su relator. Marlow cuenta lo que vio mientras remontaba un río africano. ¿Qué vio Marlow? Vio el pasado. El pasado aún activo en las tribus primitivas que habitaban la orilla del río. Vio el pasado activo en su propio pecho mientras las observaba. Constató la fragilidad de lo que lo contenía. Vio el pasado en Kurtz, que ya lo había descubierto con horror y lo había asaltado anegando todo indicio de civilidad y urbanidad a la europea. A Kurtz, como dije antes, lo aplastó la evidencia de su naturaleza propiciada por el ámbito salvaje a donde va a parar. Nuestra naturaleza puede desatarse como una tormenta. Alejados dos pasos de la presión social organizada, el barniz moral, las

tradiciones representadas en modales, la educación adquirida, comienza a diluirse dejando al descubierto algo así como una fuerza virgen originaria y primaria. El hombre retoma su pasado natural al que tememos y que nos mira. No hay dique de contención filosófica, ni educación ilustrada, ni urbanidad sofisticada, puede contenerla. En la jungla no hay método. *Remontar aquel río era como volver a los inicios de la creación cuando la vegetación estalló sobre la faz de la tierra....* El mismo Marlow encuentra en sus sensaciones al Kurtz que lo espera la final del camino. Comienza a sospecharlo en sí mismo. En medio de aquel paisaje *uno llegaba a tener la sensación de estar embrujado, lejos de todas las cosas conocidas..., en alguna parte..., lejos de todo..., tal vez en otra existencia. (...) Aquella inmovilidad de vida no se parecía de ninguna manera a la tranquilidad. Era la inmovilidad de una fuerza implacable que envolvía una intención inescrutable. Y lo miraba a uno con aire vengativo.*

Solamente las obligación de mantener el barco a flote y navegando es como Marlow logra deshacerse de esa sensación de estar fundiéndose con el entorno del que forma parte por esencia. El barco y sus exigencias era el último escalón antes de la caída. Marlow es testigo de dos mundos que se lo disputan. Sabe que Kurtz ya fue tragado y resucitado en su forma verdadera. *Cuando uno tiene que estar pendiente de ese tipo de cosas, los meros incidentes de la superficie, la realidad, sí la realidad digo, se desvanece. La verdad íntima se oculta, por suerte, por suerte. Pero yo la sentía todo el tiempo.* A todos nos observa aclara Marlow a su auditorio. A él mismo mientras navegaba aquel el río y se preocupaba por la salud de su embarcación de lata, y a ellos mientras trabajan por dos pesos inconscientes de esa mirada de la naturaleza profunda. No se trata de un brote de locura, sino de realidad subterránea. Contenida por bloques débiles de moralidad, trabajo y preocupación circunstancial. Nuestra naturaleza nos acecha. Esta advertencia ofende a sus oyentes. A Kurtz no se lo había llevado la locura, sino su misma humanidad liberada. *Penetramos más y más en el corazón de las tinieblas.* Allí la tierra aparecía como algo monstruoso y libre. En cambio a nosotros, dice Marlow, la tierra habitada se nos aparece como un monstruo encadenado. Su domesticidad es también la nuestra. Y los hombres en las orillas de aquel río, el primitivo que allí habitaba, no asustaba por su inhumanidad, sino justamente por lo contrario, por la sospecha de su humanidad desatada. Nuestras fuerzas amansadas y las costumbres que las guían en sus actos nos hacen verdaderamente inhumanos. Conrad con esto contradice ideas sobre nuestra naturaleza doble y contradictoria. Contradice ideas de su época que veían a aquellos habitante como inhumanos o seres de condición inferior. Advierte al europeo civilizado que nuestra naturaleza no dista mucho de aquella, sólo que *no tiene tiempo* para mirarse ni para asomar su mirada al abismo, debe atender a lo que solicita su atención, debe cuidar que no se hunda el barco. Finalmente es el trabajo, la urgencia superficial, lo que lo salva de su interior. Pequeñas tareas y atenciones son suficientes para salvar al *hombre sabio*, dice irónicamente. *Pero lo que en verdad producía estremecimiento era la idea de su humanidad*, dice de aquellos primitivos que lo observan desde las orillas, *igual a la de uno, la idea del remoto parentesco con aquellos seres salvajes, apasionados y tumultuosos. Feo, ¿no?*

El motivo constante en sus novelas es la búsqueda, el intento de poner al descubierto esa potencia oculta que empuja a los hombres hacia su destino. Un destino contra el que se enfrentan u oponen resistencia. No importa su condición, su edad, ni el lugar en la tierra que ocupe. Pero a lo que más llega Conrad es a una pintura de las voluntades atrapadas en su propia fidelidad enfermiza. Los personajes de Conrad parecen estar enfermos de algo. Afectados por algún mal. Esto los hace empeñados. La inquebrantabilidad de sus propósitos lo hace destructibles. Es la enfermedad de la obstinación. La imposibilidad de la renuncia los empuja a asumir peligros que superan su débil humanidad. La que es forzada como en un ensayo de resistencia hasta que se quiebra o se muere. Por eso los acontecimientos se desarrollan en el límite y las consecuencias siempre son las últimas. Ganar, morir o enloquecer de tristeza como el viejo Almayer. Esa fuerza es puesta por Conrad bajo diferentes disfraces: la ambición monetaria, el poder de dominar, el honor, el orgullo, el reconocimiento, la necesidad, una tradición. La voluntad de sus personajes está gobernada por ideas, creencias, deseos, todo indefinido; Conrad prefiere ir haciendo aparecer las motivaciones lentamente, como apareciendo detrás de la neblina. Son el aire espeso que infunde en sus relatos.

En Lord Jim escribe: *Si quiere saber la edad de la tierra, mire el mar en una tormenta. ¿Pero qué tormenta puede revelar por completo el corazón de un hombre?* Y eso hace Conrad, desata tormentas y pone a los personajes en el centro. A Nostromo lo hace sacudirse en una tragedia compleja. En esta novela combina los acontecimientos de un pueblo y de una República con los avatares particulares de sus habitantes. Nostromo, el personaje, es el hombre del pueblo. Es el objeto de admiración. Es el que se ha forjado una reputación a fuerza de demostraciones de lealtad desinteresada y cierto heroísmo de entrecasa. Es duro y generoso. Es el capataz de cargadores del puerto de Sulaco. Su autoridad entre sus pares se asienta en su fama. Esta fama es la única propiedad que custodia como un tesoro y con la que se gana la confianza de todos. Su tragedia comienza cuando se da cuenta que su reputación es moneda falsa. Alienta su vanidad. Se da cuenta que nada es más aprovechable que un vanidoso. Al vanidoso se lo seduce fácil y se regala por un simple reconocimiento de su valía. La autoridad así lograda tiene algo de inocente y de melancólica. Por eso en cierto momento es traicionado o, peor, se siente traicionado, abandonado.

El viejo marino de *La soga al cuello* está dominado hasta el último sacrificio por el amor a su hija, agobiada por la pobreza en el sur de Australia. Pero el sacrificio, la pérdida y la mala fortuna en la que lo coloca Conrad no son circunstancias para medir un tono moral, sino una capacidad de amor. A los personajes de la novela Nostromo los domina la presencia tutelar de una mina de plata, que había llegado a ser propiedad de uno de ellos bajo la forma de una maldición, de una condena, matándolo. Su fuerza no se va a extinguir, va a dominar a la generación posterior. Todos los destinos están condicionados por esa presencia en el horizonte. Todos están conectados a ella de algún modo. En la locura de Almayer el tema también es la terquedad del amor. Almayer es dominado por la promesa incierta e

indemostrable de riqueza, por un tesoro escondido, que pretende para beneficio del futuro de su hija mestiza. Los duelistas no pueden renunciar a su propia condición, la que se sobrepone a cualquier otra. El ideal del honor, el que tampoco pueden definir, pero sí sentir, los mantiene esclavos en una relación de lucha que va a sobrevivir a toda circunstancia. Los marineros de *El negro de Narciso* están bajo el dominio psicológico de otro marinero, un negro que se hace pasar por enfermo siempre al borde de la muerte, reclamando atención... *le servíamos en la cama con rabia y humildad, igual que los viles cortesanos de un detestado príncipe; él nos pagaba con sus críticas implacables. Había descubierto el infalible resorte de la imbecilidad humana; tenía el secreto de la vida, aquel maldito moribundo, y se había adueñado de cada minuto de nuestra existencia.* Además de estar sometidos a las mañas de la embarcación y a la tempestades del mar. Son marineros. No pueden dejar de serlo. Es su condición o su maldición.

Pero el mundo de Conrad no es un mundo masculino. Sus personajes más sofisticados y mejor tratados son los femeninos. Generalmente representan la inteligencia, la agudeza. Son las que enhebran la aguja. Son como almas sabias y enteras.

4. Oficios

La vida del marinero es para Conrad *azarosa y especial, muy especial*. El inicio de un viaje es una *botadura a la eternidad*. La palabra que mejor encuentra para dar una su imagen del mar es eternidad. El mar no abarca un espacio. Es tiempo sin conciencia de su duración. El silencio es infinito, *una existencia sin ecos ni murmullos*. (...) *No cabe concebir una eternidad vocal*. Lo que es misterioso para Conrad es lo que hace de especial a esos hombres. No es el hecho de vivir encerrados en un barco exigente de cuidados extremos y delicados. Exigidos de precisión, fuerza y resistencia. *Vivian bajo el imperativo de realizar un buen trabajo, bajo pena de perecer*. Atentos a todos los infinitos detalles de la navegación cuando el trabajo los reclamaba deben borrar toda particularidad individual. El oficio del marinero es corporal, de soga y músculo, para atrapar vientos, para evitar la deriva, hacer frente a la tempestad. En los oficios el hombre que lo practica no se distingue de la tarea que realiza ni el objetivo que persigue. Así como el del minero o el del zapatero, el oficio de marino no los acota el reloj ni los almanaques, la exigencia que los determina es de otro orden; es del orden de una naturaleza sobre la que el hombre no puede hacer prevalecer su condición; se funde con ella. No es una profesión, no es un trabajo, no es una obligación. Todo oficio es romántico, y trágico porque es un destino. Que el capitán se vaya a pique con su nave no es un dato menor, ni heroísmo por obligación, es una consecuencia necesaria. El barco no depende del hombre, el hombre depende de su barco... *la mayoría de los marineros llevan una vida sedentaria. Sus espíritus permanecen en casa y puede decirse que su hogar – el barco- va siempre con ellos; así como su país el mar*. Un marinero en tierra firme deja de existir. Se suele despreciar el gesto romántico cuando comercia con la pena y el sentimentalismo, pero ciertos romanticismos, como con el que se puede asociar a la figura del marinero, tiene costos muy elevados. Sorteas climas

cambiantes, enfermedades inminentes, la oscura soledad. No renuncia porque no puede.

Pero lo que hace especial a esa vida es justamente el elemento invisible que la compone. El que Conrad no logra describir. Y con el que él mismo se identifica... de no haber llegado a ser como ellos no hubiera llegado a ser nada. Se trata de esa *naturaleza de los impulsos profundos* que guiaban a esos hombres. No se trata de una fuerza que los gobierna desde afuera y los mantiene unidos con rigor disciplinario. *Era todo muy misterioso*, dice Conrad.... *Debía ser algo existente en la naturaleza misma de la vida; aquella vida marítima ciegamente elegida...* Sin duda es un oficio que se trasmite como una tradición práctica, pero una vez adquirida se transforma en *espíritu* inextinguible. *...un rector inmortal investido con el poder del honor o la vergüenza.*

5. Mar

El país del marinero es el mar. Para Conrad el mar es hostil para quien lo navega. El marino tiene en el mar a un enemigo flemático. El único don que le reconoce es el de la sal que se le pega en los labios y en la superficie de la piel, la que los salva de resfríos. Nada más. Lo demás es su violencia. El mar de Conrad, su mar, no merece tanto halagos, como los recibidos por parte de tantos poetas. *La mar es incierta, arbitraria, impávida, y violenta. Salvo asistida por la variopinta majestad del cielo, hay algo inane en su serenidad y algo estúpido en su ira, que es infinita, omnímoda, persistente y fútil: una criatura gris y estertórea....”*

La desdicha del marino es que en el mar es imposible dejar huella de su paso. La brecha se va cerrando detrás de la embarcación. La estela de agua batida es transitoria; todo vuelve al principio, se plancha indiferente. Es la imagen presumida del olvido. Una burla majestuosa, presumida. El vestigio de su vida marina el navegante la deja sobre su cuerpo y en la memoria de las historias que puede convertir en relatos.

6. Barcos

La casa del marinero es el barco. El barco es *su* barco, con el que tiene una relación de comunión y de amor. De compromiso familiar. *Lo envolvíamos en el silencio de un afecto profundo*. Es objeto de orgullo. Este es el sentimiento de los marineros del Narciso. Es la sensación experimentada cuando el personaje de *La línea de sombra* asume el mando de su barco. Una sensación física al pisar el puente desde el cual iba a gobernar la travesía. El barco es una razón de ser que llena todo el vacío en el que Conrad hunde a su personaje al inicio de la novela. Su sola existencia elimina cualquier rastro de nihilismo. En todos los pasajes en que Conrad se refiere al barco se nota la relación y el conocimiento que había logrado tener de ellos. *...la satisfacción de vivir en un mundo en que semejante criatura existe.*

No es difícil, si se quiere jugar el juego, trazar un paralelismo entre el Conrad marinero y el Conrad escritor. Hay semejanzas. Como si hubiera trasladado sus conocimientos de navegación a la escritura. Cuentan que escribir le costaba

esfuerzo corporal. Lo que no se nota cuando se lo lee. Parece deslizarse suave, con fluidez, como si las palabras le brotaran de manera natural. Como si el relato surgiera espontáneo y sin trabajo. Pero Conrad forcejeaba con las palabras.

Como buen marino que fue, Conrad es un escritor físico, de sensaciones y de emociones corpóreas. Su pluma es un timón inteligente; nunca naufraga en el sentimentalismo y no le teme a lo crudo. Si seduce lo hace con las alturas de la tragedia o las del humor. Los momentos en sus relatos son como diferentes corrientes marinas en las que se interna. Cambia de tono y de humor como cambia de rumbo el navegante. Transgrede la linealidad del tiempo. Este su recurso narrativo más característico y en el que se destaca. Maneja los tiempos como quien maneja las velas de acuerdo al tipo de viento. Pasa de la melancolía más negra a los momentos más disparatados. Sabe cambiar los tonos, por eso no aburre. Controla la expectativa. No cabe ninguna duda de que Conrad nunca abandonó su condición de navegante y capitán. El gobierno de un capitán de barco no se desarrolla en tiempo y espacio homogéneos. Sus juegos con el tiempo hace pensar que tantos días de vida marina distorsiona el sentido del tiempo lineal.

La cercanía con hombres de tripulación, la cotidianeidad vivida con ellos es un espacio cerrado le proporcionó una buena distancia para la observación de las variedades en el que se dan los temperamentos y las conductas. En sus novelas no hay personajes secundarios. Todos juegan un rol dramático especial y siempre justificado. Sus mundos son estrechos y están superpoblados, independientemente de la inmensidad de sus escenarios. Traba oposiciones de diferentes moralidades e inteligencias. Sus personajes habitan sus novelas y cargan un pasado que de a poco se nos va revelando para justificar acciones. Conrad compone manteniendo el control de la velocidad con la que provee la información, clave de todo buen novelista, así nos mantiene en vilo deteniéndose antes del desenlace.

Hay pasaje sobresaliente en *La línea de sombra* que vale la pena leerlo. El personaje prueba por primera vez el sillón de los capitanes que lo habían precedido. De pronto lo invade una sensación de que aquellos le hablan, que sus espíritus de navegantes habían dejando una huella en las paredes del camarote. Le habla el *alma del mando*: *“Tú también –parecía decir-, tu también gustarás esta paz y esta inquietud, en una penetrante intimidad contigo mismo, tan oscuro como lo fuimos nosotros y tan soberano en presencia de todos los vientos y todos los mares, en el seno de una inmensidad que no admite huella alguna, que no guarda ningún recuerdo, ni lleva cuenta alguna de las vidas humanas.”*

Como navegante de vela Conrad supo que todo depende del buen o mal viento, no de la voluntad. Y lo más llamativo, lo que me hace pensar sin encontrar una solución, lo que me despierta sospechas de lector, es no saber o no entender bien de qué clase es ese viento que parece darle impulso creativo. A lo que parece querer encontrar una solución con cada novela, quedándose siempre encallado en el relato de la suerte de los hombres, sin poder elevarse al nivel de las razones. Hay algo de místico en él. De creyente desesperado. Como si recelara de una

presencia ajena a las fuerzas humanas. Un arbitrio hermético e inhumano. Una voluntad que gobierna y señala desde afuera o desde adentro los designios de los hombres. Algo contra lo cual ninguna acción o decisión, aunque se resista, podrá doblegar. Y que al hacerlo, porque está en la naturaleza humana resistir a los designios, se consume en el intento. Algo como una condena. Nadie gobierna los mares en los que navega. Nadie controla las tempestades. Sólo queda orientar las velas. Afirmarse al timón y poner proa.

Paciencia y coraje.